

John Bensko (1949-)

Poems from *Green Soldiers*

Garcia Lorca and the One-legged Schoolteacher

*No one sings here,
no one cries in the corner.*

The luck of an old priest.
He wins a morning's sleep
because he believes:

today no one will be executed.

He sleeps a mile away
from the hill
where they shoot people.

He hears only bells
against the wind
and dreams

of the fountain and the boy
herding goats at dawn.

To Fuente Grande and the olive grove,
to the fountain filled with goat bells.

In the roadhouse the poet and Gonzalez,
the one-legged schoolteacher, waste
their last minutes arguing
with guards who must kill them.

There will be no confessions.

Translation by Francisco Javier Torres Ribelles

García Lorca y el maestro cojo

*Aquí no canta nadie,
ni llora en el rincón.*

Suerte de curita viejo.
Se ha ganado dormir esta mañana
porque cree:

hoy no se fusila a nadie.

Duerme a un tiro de piedra
de la colina
donde matan a la gente.

Sólo oye campanas
a contrapelo del viento
y sueña

con la fuente y el muchacho
que conduce las cabras al amanecer.

A Fuente Grande y al huerto de olivos,
a la fuente llena de esquilas.

En la venta el poeta y González,
el maestro cojo, desperdician
sus últimos momentos discutiendo
con guardias que tienen que matarlos.

No confesarán.

Now the sleeping priest
dreams a trumpet
and shots in the distance.

Now three soldiers
as young and soft as angels
empty their pistols
in the soft necks of gourds.

The sun shifts along the hill
and lights up the grey shale.

The priest waking
believes the shots have come

because of the laughter and the beauty
of girls. He goes to the fountain
and hears from the boy he loves:

how he watched two girls bathe
under the shade of the olive trees;

how he heard flies and cried,
recognizing the one leg
of the dead schoolteacher.

The priest hears the goat bells
and dips his hand in the waters.
He thinks of the kindest words:

God forgives
those who die under olive trees.

What men notice, he thinks,
is you live with one leg
and your death spreads

like the buzz of children
when one of them finds a dead rabbit
and brings it in a sack to school.

Ahora el cura que duerme
sueña una trompeta
y tiros a lo lejos.

Ahora tres soldados
suaves y jóvenes como ángeles
vacían sus pistolas
en suaves nucas de odres.

El sol avanza por la colina
y enciende la pizarra gris.

El cura que se despierta
cree que los tiros han sido

por las risas y la belleza
de unas muchachas. Va a la fuente
y oye del joven al que ama:

que miró a dos muchachas que se bañaban
a la sombra de los olivos;

que oyó moscas y dio un sollozo,
al reconocer la única pierna
del maestro muerto.

El cura oye las esquilas
y mete la mano en las aguas.
Piensa en las palabras más amables:

Dios perdona
a los que mueren bajo los olivos.

Lo que los hombres ven, piensa,
es que vives con una pierna
y tu muerte se esparce

como el zumbar de los niños
cuando uno encuentra un conejo muerto
y se lo trae en un saco a la escuela.

We Like the Leaves

His scraping in our yard wakes us.
Our window is open. The day is cool
and barely light.
The old man from next door
is raking our leaves.

One day he cut down our peach trees.
Disease, he said.
Another day
he was harvesting our caterpillars,
the fat Catalpas
he claimed were good for fishing.
The wonders which pass

in the early light. We would not guess
except he tells us:
a hundred robins
roosted in our mulberry tree.
He catalogs
the days our plants produce.
He weighs each onion he digs.

When the fuss he makes
over a few weeds
gone to seed in our yard
seems the madness of an old man,
his flower beds
accuse us. We learn to be good
at being guilty.

Last summer he went too far.
He said we're damned fools
for not cutting our two shade trees
to open light for his garden.
We said, you're right.
This morning his raking pulls up from our sleep.
Admit now, a voice says, I was right.

Nos gustan las hojas

El rasquido en el jardín nos despierta.
Tenemos la ventana abierta. El día es fresco
y apenas hay luz.
El viejo de la casa de al lado
rastrilla nuestra hojas.

Un día nos taló los melocotoneros.
Una plaga, dijo.
Otro día
se puso a cosechar nuestras orugas,
las gordas catalpas,
afirmaba que eran buenas para pescar.
Qué cosas pasan

en la luz temprana. Si no fuera por él
ni lo adivinaríamos:
cien petirrojos
anidados en nuestra morera.
Él clasifica
los días que nuestras plantas producen.
Pesa cada cebolla que saca de la tierra.

Cuando el jaleo que arma
porque unas cuantas hierbas
han dado semillas en nuestro jardín
parece la locura de un viejo,
sus macizos de flores
nos acusan. Y aprendemos a ser buenos
culpables.

El verano pasado fue demasiado lejos.
Dijo que eramos unos condenados idiotas
por no cortar nuestros dos frondosos árboles
para que entrara la luz en su jardín.
Dijimos, tiene Vd. razón.
Esta mañana el rasquido nos arranca del sueño
Admitid ahora, dice una voz, que yo tenía razón.